

ASIA PACÍFICO: LOS SUCESOS MÁS RELEVANTES DE 1998

EUGENIO ANGUIANO

Coordinador del Programa de Estudios APEC

El año de 1998, año del tigre de acuerdo con el calendario lunar chino, acarreó un bagaje de grandes conmociones económicas, sociales y políticas para Asia oriental y sudoriental. El principal factor que disparó dichas conmociones fue la crisis monetaria y financiera que se inició en el segundo semestre de 1997 y que para finales de ese año había arrastrado a todas las economías asiáticas en desarrollo, y había contagiado al resto de los llamados mercados emergentes del mundo. En medio del vendaval especulativo y de la fuga de capitales, Tailandia, Indonesia y Corea del Sur —esta última una economía considerada internacionalmente como de reciente industrialización y que hacía poco había ingresado a la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo, el club ya no tan exclusivo de los países desarrollados— recurrieron al auxilio del Fondo Monetario Internacional (FMI), el cual armó para cada una de esas atribuladas economías paquetes millonarios de rescate.

De la inestabilidad financiera y las devaluaciones desordenadas de varias monedas de la región, se pasó a la adopción, por parte de sus gobiernos, de draconianos programas de ajuste o de “choque” económico, tanto por la obligación derivada de acuerdos suscritos con el FMI como por decisión propia. Naturalmente, esto condujo a la caída de la economía real en la mayoría de los países que disciplinaron sus finanzas para recuperar la confianza de los inversionistas extranjeros en ellos. Esta caída condujo en varios casos a fracturas políticas, y acarreó impactos sociales negativos —desempleo, aumento de la pobreza, reducción del gasto público en bienestar social— cuyas consecuencias serán, a la larga, más graves que las

devaluaciones, la inflación o el derrumbe de las bolsas de valores. “Olvídense de la oferta monetaria, los niveles de endeudamiento y los paquetes de rescate —advierte un analista.¹ Fíjense en cambio en el desempleo. Allí reside la semilla del cambio potencial.”

¡Y vaya que hubo cambios en 1998! El presidente Suharto de Indonesia, que acababa de asegurar su séptima reelección gracias a un congreso legislativo sumiso por más de treinta años a la voluntad del líder, tuvo que renunciar luego de graves enfrentamientos y motines populares en Jakarta y otras ciudades del país. Antes, en noviembre de 1997, había caído por la vía institucional el primer ministro de Tailandia, Chavalit Yongchaiyudh, y en Corea ganaba las elecciones presidenciales Kim Dae Jung, candidato de oposición. En Japón se producía también la renuncia obligada del primer ministro Ryutaro Hashimoto, luego de un fracaso de su partido en elecciones parciales, pero teniendo como trasfondo la quiebra de importantes bancos y empresas financieras, y el hecho de que la segunda economía más grande del mundo entraba en franca recesión. China fue la única economía que aguantó la presión sin devaluar su moneda y logró un crecimiento que, si bien menos elevado que el de su tendencia de los últimos 15 años, fue el mayor de Asia.

La crisis financiera, y en varios casos también económica, influyó en las relaciones políticas habidas entre los miembros de bloques o grupos regionales de cooperación. En el caso de la Asociación de Naciones del Sudeste de Asia (ANSEA), los problemas monetarios y financieros, así como los incendios forestales y los conflictos políticos internos en Camboya —un país de la región al que debido a conflictos políticos internos aún no se ha aceptado como parte de la asociación— vulneraron uno de los pilares sobre los que descansa la cohesión política del grupo: la no intervención en asuntos considerados como domésticos. Ante los impactos nocivos de los incendios forestales ocurridos en Indonesia, Malasia, Tailandia y Filipinas, que contaminaron la ecología compartida, aparecieron críticas entre los vecinos sobre la falta de medidas internas adecuadas por parte de los gobiernos para prevenirlos o combatirlos a tiempo. Lo mismo ocurrió con la crisis financiera, subproducto, en opinión de muchos, de políticas erróneas en unos países, desde los cuales se “contagió” a los demás. Tai-

¹ Enzo von Pfeil, “Watch for Social Unrest”, and Faith Keenan (comp.), *The After-shock*, Review del FEER, 1998, p. 17.

landia, Filipinas y Singapur trataron infructuosamente de modificar ese criterio de no intervención para hacer el diálogo multilateral más flexible y, sobre todo, más efectivo en cuanto a la adopción de medidas colectivas para afrontar crisis regionales.

La ANSEA perdió gran parte de su fuerza colectiva ante otros foros o ante cuestiones específicas como la seguridad en el área. La vulnerabilidad de sus miembros ante la crisis económica y los drásticos cambios políticos que ella trajo al interior de varios de ellos, hicieron pasar a segundo término el interés del grupo. Por ejemplo, lo que ANSEA había avanzado para colocar a Beijing en una posible tesitura de negociación colectiva con el fin de resolver las diferencias territoriales y patrimoniales en el Mar del Sur de China, se perdió en 1998. Por otra parte, la vulnerabilidad de la asociación ante la inestabilidad financiera y su limitación para encontrar soluciones de grupo, llevó a sus integrantes a invitar a China, Corea y Japón (“ANSEA más tres”), para ver si entre todos juntos eran capaces de poner en marcha un mecanismo asiático de recuperación financiera y económica. Tokio se encargó de volver a la realidad a una ANSEA desesperada por ayuda: cualquier paquete de rescate al que se uniera Japón debería llevar el aval del FMI, única organización capaz de involucrar a países y a otras instituciones internacionales en las operaciones de salvamento monetario y financiero en boga.

Las debilitadas economías del Sudeste de Asia perdieron fuerza negociadora en relación con otros foros. Por ejemplo, en la segunda Reunión Asia-Europa (*Asia Europe Meeting*, o ASEM), celebrada en Londres en abril de 1998, y propiciada por la ANSEA para impulsar las relaciones económicas y políticas más cercanas con los países de Europa, resultó evidente la disminución de la influencia de la ANSEA. Aquí se llegó a un acuerdo “pragmático” con la Unión Europea (UE) para que en el encuentro entre ambos, programado para el mes de junio en Bangkok, los representantes de Myanmar (Birmania) se autoexcluyeran de participar, a fin de evitar a los europeos el tener que aparecer con quienes han repudiado políticamente, debido, entre otras cosas, a violaciones a los derechos humanos. Un año antes, los voceros de la ANSEA habían rechazado semejante posibilidad.

Al igual que en el Foro Regional de la ANSEA de 1998, en donde asistieron los representantes de 25 países, en APEC (Cooperación Económica en Asia Pacífico) se registró un claro estancamiento en cuanto a la dinámica de este peculiar grupo de consenso y diálogo, que puso en riesgo su futuro. En la reunión cumbre de APEC, en Kuala Lumpur, fue obvio el aislamiento

en que quedó el primer ministro Mahathir de Malasia, anfitrión del cónclave, y su fracaso al no lograr que en la declaración conjunta de los líderes económicos de APEC quedara algún tipo de legitimación a la adopción de controles parciales a los movimientos internacionales de capitales, con el fin de evitar que los países sufran ataques especulativos contra sus monedas y sus mercados bursátiles.

Por último, los reacomodos geopolíticos de la región y la persistencia de espacios de conflicto potencial también registraron sucesos trascendentes. Las detonaciones nucleares experimentales que efectuaron India y Pakistán abren una nueva relación de balances estratégicos en Asia meridional, y tienen alcances en el resto de la región y del mundo. Las visitas del presidente Clinton a China y a Corea del Sur sirvieron para fortalecer la estrategia estadounidense de involucrar plenamente al gobierno chino en los procesos económicos, sociales y políticos de Asia y el mundo. A su vez, Washington empleó su peso para neutralizar las acciones de Corea del Norte que llevaron a su adversario del Sur a un punto de rompimiento en lo referente al programa destinado a impedir que Pyongyang vuelva a emprender cualquier intento de desarrollar su propia capacidad nuclear dual (tanto para usos pacíficos como militares).

No ocurrió en el año episodio alguno que afectara gravemente el clima de paz en Asia-Pacífico, a pesar de los brotes de descontento social habidos en algunos países, y de otros acontecimientos, como el misil sin carga explosiva norcoreano que violó el espacio aéreo de sus vecinos, o los ensayos nucleares indios y pakistaníes. Sin embargo, el futuro de la región se vuelve incierto y vulnerable a brotes de violencia social.

LA EVOLUCIÓN DE LA CRISIS ECONÓMICA

El desastre que sufrieron por las economías consideradas hasta antes del segundo semestre de 1997 como verdaderos ejemplos de acelerado crecimiento y de mercados boyantes ("los tigres asiáticos"), donde los grandes intermediarios financieros del mundo estaban obligados a poner sus ojos y parte del dinero de sus clientes, tuvo primero la característica de una crisis de confianza, que condujo a ataques especulativos o precautorios (salida de dinero) contra las monedas asiáticas, al abandono de los tipos de cambio fijos y a una sucesión de devaluaciones desordenadas que parecían no tener fin.

El otrora ejemplar modelo asiático de pronto fue exhibido como un caso de capitalismo de compadrazgo plagado de corrupción y amiguismo, y de una doblemente errónea función del Estado: por un lado, los gobiernos asiáticos persistían —se denunciaba— en proteger a las empresas nacionales (muchas de ellas monopolios privados o estatales) de la libre competencia comercial y financiera del exterior; mientras que por el otro, se censuraba a las autoridades nacionales por no contar con mecanismos establecidos de regulación en la intermediación financiera y las operaciones bancarias. De haber establecido dichos mecanismos, se hubiera impedido o amortiguado el nocivo fenómeno de la burbuja especulativa en valores bursátiles y bienes raíces, acumulación de carteras crediticias incobrables y, en suma, la falta de transparencia en los arreglos y operaciones financieras internas que ha asolado a Asia.

Como en la primera fase de la crisis hubo fuga de capitales, devaluaciones, quiebras financieras, inflación e inestabilidad monetaria, la medicina que se adoptó para curar esos males —ya fuera por obligación de acuerdos internacionales a cambio de recibir auxilio, o por autodisciplina— fue la de contraer la economía: reducción del gasto público para bajar o eliminar déficit fiscales; elevación de las tasas de interés para detener la fuga de dinero; contracción de la oferta monetaria para amortiguar presiones inflacionarias, y el compromiso de evitar controles cambiarios. Hacia fines de 1997, el hundimiento de monedas como el baht tailandés, el won coreano y sobre todo la rupia indonesia, había alcanzado el fondo de la devaluación arrastrando a otras monedas de la región. El dólar de Hong Kong fue la excepción, ya que en este país existe una junta monetaria que mantiene fija la paridad. Por otro lado, el yuan chino se mantuvo estable gracias a un compromiso político por parte de Beijing de no poner a flotar su moneda para evitar una nueva oleada de inestabilidad cambiaria en Asia.

El FMI movilizó unos 118 000 millones de dólares por medio de paquetes de apoyo financiero a Tailandia, Indonesia y Corea del Sur, quienes suscribieron acuerdos de derecho de giro con esa institución. Obviamente no todo ese dinero provenía del FMI, pues también participaron el Banco Mundial, el Banco Asiático de Desarrollo y varios países; tampoco hubo un desembolso de todos esos recursos. El impacto del apoyo fue fundamental, al igual que las medidas de ajuste adoptadas por los países, para así lograr una relativa recuperación de la estabilización monetaria y financiera en la región. Los resultados de un año de reajuste se reflejan en

las siguientes cifras, que aunque son demasiado agregadas como para reflejar todos los efectos de la crisis, permiten apreciar que sólo las economías taiwanesa y china registraron tasas de crecimiento superiores a la media mundial (que apenas sobrepasará, según datos preliminares de octubre, 3% en 1998). Mientras, el resto de las economías asiáticas tuvo un crecimiento cercano a cero —Singapur y Japón—; o sufrió caídas relativamente “leves”, como en el caso de Filipinas; graves para otros, incluyendo a Corea; y catastróficas, como en el caso de Indonesia.

CUADRO 1
Situación financiera, 1998
(porcentajes)

	Crecimiento económico 1998 ^a	Variación cambiaria 30 dic. 1997 30 dic. 1998 ^b	Tasas de interés a corto plazo 31 dic. 1997 30 dic. 1998 ^c	Variación bursátil 31 dic. 1997 30 dic. 1998 ^d
GRAN CHINA:				
China, R.P.	+7.6	0.0	9.00	-2.9
Hong Kong	-4.6	0.0	5.62	-5.6
Taiwan	+4.7	+1.24	6.00	-20.0
SUDESTE DE ASIA:				
Filipinas	-1.2	+3.32	13.13	+7.3
Indonesia	-18.4	-30.81	41.18	-32.4
Malasia	-5.8	-2.31	6.53	-1.0
Singapur	+0.2	+1.20	1.75	-7.3
Tailandia	-7.0	+28.07	7.25	+25.4
NORESTE DE ASIA:				
Corea del Sur	-6.0	+36.14	7.70	+110.9
Japón	+0.3	+13.04	0.50	+2.8

^a Estimaciones de variación del PIB hechas por *Goldman Sachs (Asia)*.

^b Variaciones del tipo de cambio de cada moneda nacional frente al dólar, que es la inversa de la relación que muestra cuántas unidades monetarias de cada país compraba un dólar estadounidense en las fechas usadas como comparación.

^c En todos los casos se trata de tasas de interés anuales, excepto en el de Japón, que se refiere a tasas de interés trimestrales.

^d Variaciones bursátiles medidas en términos de dólares estadounidenses.

Fuentes: *Far Eastern Economic Review*, 31 de diciembre de 1998 y enero de 1999, p. 123; y *The Economist*, 2 de enero de 1999, pp. 89 y 90.

La turbulencia monetaria alcanzó su punto más bajo en enero de 1998 para la rupia (81% de devaluación),² el ringgit (44%) y el baht (55%); mientras el won sudcoreano se había depreciado 55% en diciembre de 1997. A partir de allí, las monedas asiáticas se comenzaron a recuperar, a medida que las salidas de capitales de la región se mitigaron y las posiciones de balanza de pagos en cuenta corriente comenzaron a repuntar. A pesar de que a mediados de 1998 el yen japonés, una divisa internacional, sufrió presiones a la baja frente a otras monedas fuertes; y de que hubo rumores de una inminente devaluación del yuan (renminbi) chino y del dólar hongkonés (las cuales no cristalizaron), la mayoría de las otras monedas asiáticas no volvió a declinar gravemente. Al finalizar el año la situación era como se describe en las cifras anteriores: China y Hong Kong sin variación cambiaría en un lapso de 12 meses; Corea del Sur y Tailandia con “revaluaciones” considerables; Japón con una recuperación cambiaría notable; Taiwan y Singapur con revaluaciones moderadas; y solamente Malasia, y dramáticamente Indonesia, siguieron acumulando depreciaciones cambiarías.

Comparando la de fines de 1998 con la situación prevaleciente antes del inicio de la crisis monetaria en Asia, las variaciones del tipo de cambio de las monedas eran como sigue:

CUADRO 2

	Unidades por dólar EUA 25 jun. 1997	Unidades por dolar EUA 30 dic. 1998	Variación inversa (%)
Renminbi chino	8.29	8.28	+0.12
Dólar hongkonés	7.75	7.75	—
Nuevo dólar taiwanés	27.90	32.20	-13.35
Peso filipino	26.40	39.20	-32.65
Rupia indonesia	2 432	8 050	-69.79
Ringgit malasio	2.52	3.80	-33.68
Dólar singapurense	1.43	1.66	-31.14
Baht tailandés	25.30	36.70	-31.06
Won sudcoreano	888	1 201	-26.06
Yen japonés	114	115	-0.87

² Es muy importante aclarar que la depreciación (devaluación) de una moneda se mide por lo que ella compra de otra moneda internacionalmente fuerte, como el dólar estadouniden-

En cuanto a los mercados de valores, según un estudio del FMI,³ la turbulencia creada por la crisis asiática no ha tenido precedentes debido a la extrema volatilidad registrada en las bolsas de valores, tanto de los “mercados emergentes asiáticos en crisis” (Indonesia, Corea, Malasia y Tailandia), como en el resto de esos mercados. Además de una creciente volatilidad de las monedas asiáticas, hubo incrementos excesivos en los costos de transacciones en el mercado del día y en los de futuros y derivados; esto hizo bajar drásticamente la liquidez, la cual había logrado una modesta recuperación al terminar el primer semestre de 1998.

Una característica de la crisis asiática es que, sumando los flujos de capital externo en cinco países del área —Tailandia, Malasia, Filipinas, Indonesia y Corea— se registró una drástica reversión entre 1996, cuando hubo ingresos netos por 40 000 millones de dólares de préstamos a bancos comerciales de esas naciones; y 1997 en que la salida neta por el mismo concepto fue de 30 000 millones de dólares. Una sangría total de 70 000 millones, que representaba 7% de la suma del PIB de esas cinco naciones. Las inversiones extranjeras directas (IED) y las inversiones en portafolio declinaron entre esos dos años 8 500 y 2 400 millones respectivamente, aunque mantuvieron saldos positivos en 1997 (la caída no fue tan precipitada como los créditos a los bancos).

A diferencia de la crisis mexicana de 1994-1995, en la que fueron las inversiones en portafolio (acciones y bonos de empresas radicadas en México), con una pérdida acumulada de 37 000 millones de dólares (13% del PIB) y, en menor medida, los préstamos a los bancos en donde se manifestó la huida de capitales; en Asia el descalabro fue en el sector bancario y de empresas de intermediación financiera. En los dos casos, la caída se produjo después de uno o varios años de creciente entrada de capital privado externo, y en ambos ocurrió de forma abrupta. En los mercados emer-

se. Por ejemplo, cuando el peso mexicano bajó de una paridad de aproximadamente 3 pesos por dólar, a principios de diciembre de 1994, a unos 10.25 pesos por dólar a fines de enero de 1999, ello no significa que se hubiera producido una devaluación de 242%, sino la inversa: el peso bajó de 33 centavos de dólar a cerca de un centavo, lo que significa una devaluación de 70.7%. Con esta medición, nunca puede haber una devaluación de 100%; el extremo último sería un valor que tendería infinitesimalmente a 100, sin llegar jamás a ese límite.

³ *International Capital Markets: Developments, Prospects, and Key Policy Issues*, FMI, Washington D.C., septiembre de 1998.

gentes asiáticos, la salida total de capital privado fue cercana a los 100 000 millones de dólares⁴ y, contrariamente al caso mexicano, en el que una parte de los fondos que corrieron de allí se fue a la misma Asia y a otros mercados emergentes del mundo, el dinero que huyó de los “tigres asiáticos” se invirtió en los mercados bursátiles maduros de los países desarrollados, provocando una crisis de confianza en cadena en economías tales como la rusa, la brasileña, etcétera.

REAJUSTE ECONÓMICO, REFORMAS ESTRUCTURALES Y FUTURO

El llamado milagro asiático no ha sido el resultado de fuerzas sobrenaturales, sino de cinco muy terrenales: políticas gubernamentales favorables a los mercados, un capital humano sobresaliente por su calidad y destreza, creciente liberalización comercial y financiera, elevadas tasas de ahorro interno, y un alto nivel de empleo.⁵ Si uno o varios de esos pilares sobre los que se ha fundamentado el acelerado crecimiento asiático de las últimas tres décadas falla, el milagro se acaba. Precisamente, las medidas de ajuste económico puestas en vigor en las economías emergentes más afectadas por la crisis, están debilitando a las fuerzas que han empujado el crecimiento.

El caso más evidente es el del empleo, una de las primeras víctimas de la recesión y de las medidas de “shock” adoptadas. Con reducciones del PIB como las habidas en 1998 en Indonesia, Tailandia y Malasia, en donde a pesar del progreso logrado subsisten los defectos de las economías y sociedades duales (ricos y pobres), y en donde el amplio sector de economía informal, el incremento de los desempleados, la pobreza, y el hambre, han llevado a brotes masivos, Indonesia, con 200 millones de habitantes y con los estallidos de violencia social que, entre otras cosas, causaron la salida del todopoderoso presidente Suharto, es una auténtica bomba de tiempo en la región. En términos de promedio nacional, el indicador más revelador de lo que ha sucedido en esta atribulada nación es el ingreso per cápita, que se derrumbó en un año de 3 038 a 600 dólares estadounidenses. Si a esto se agrega que la riqueza nacional está muy desi-

⁴ Véase el estudio citado del FMI, especialmente las pp. 5-15.

⁵ Enzo von Pfeil, *op. cit.*, p. 19.

gualmente distribuida, puede el lector imaginarse la gravedad, no de la crisis económica, sino de la crisis social.

Según la Organización Internacional del Trabajo, 10 millones de personas han perdido sus empleos en Asia oriental,⁶ debido a la contracción de las economías nacionales y la caída de las exportaciones, tanto del grupo de las llamadas economías de reciente industrialización (Hong Kong, Corea del Sur y Taiwan), como del conjunto que forma la ANSEA. El desempleo constituye la semilla más fértil para los brotes de descontento social: la violencia organizada o espontánea, el repunte de odios interétnicos o religiosos y, en suma, los enfrentamientos y diferendos políticos como los registrados en 1998 en Indonesia, Malasia, Corea del Sur, Tailandia y Filipinas.

⁶ Citado en *Far Eastern Economic Review*, número doble, 31 de diciembre de 1998 y 7 de enero de 1999, p. 21.